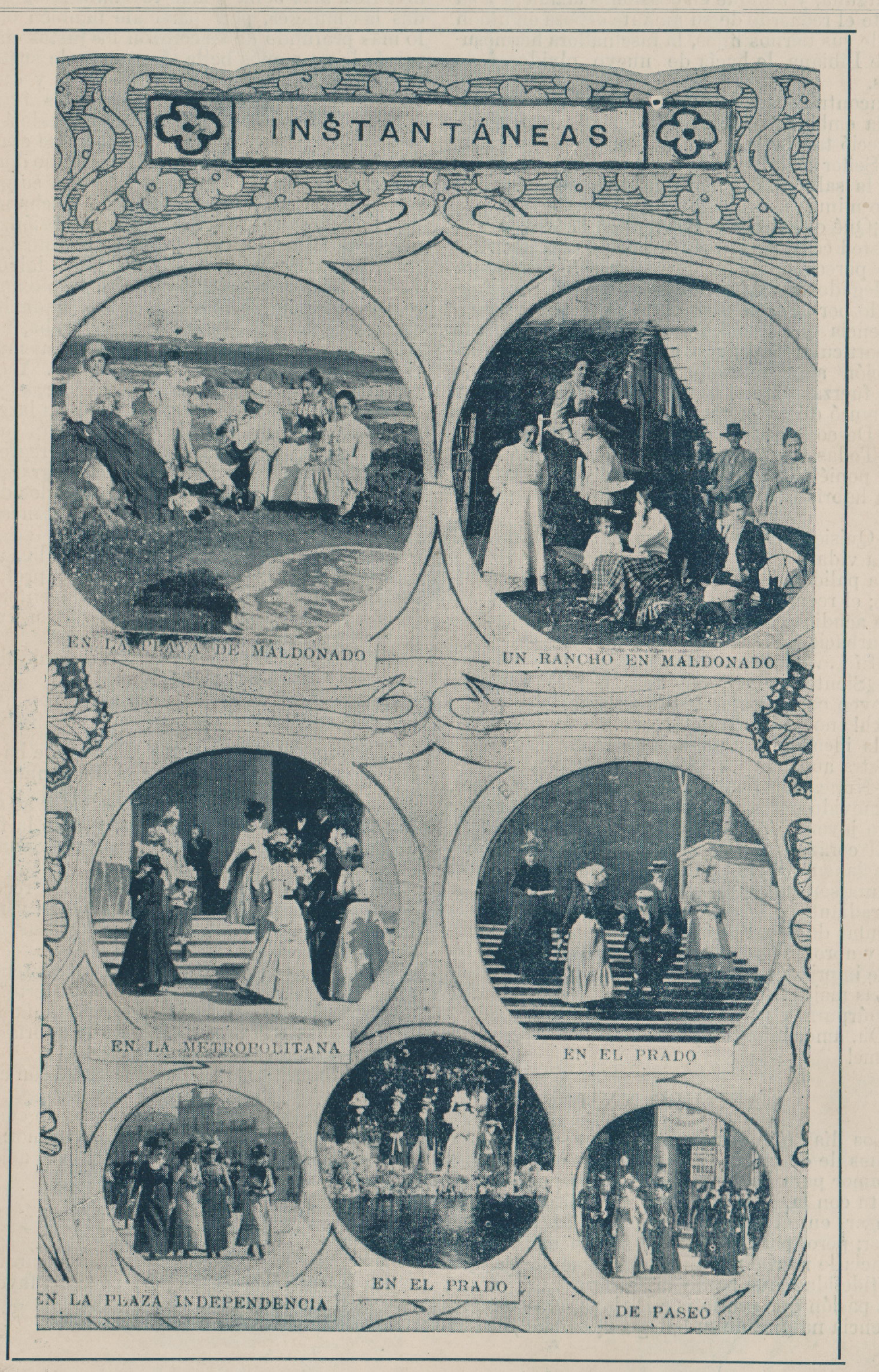LA ALBORADA

Montevideo, Abril 19 de 1903



EN LA PLAYA DE MALDONADO

UN RANCHO EN MALDONADO

EN LA METROPOLITANA

EN EL PRADO

EN LA PLAZA INDEPENDENCIA

EN EL PRADO

DE PASEO

Año VI

Núm. 266

POR CARLOTA BRAEMÉ

todo el fervor de su corazón, no obstante, nunca midió las terribles consecuencias de la intriga en que se hallaba envuelto. Parecíale el amor de Bibiana, un acontecimiento novelesco, que constituyendo solamente una de las muchas aventuras de su vida, terminaría sin trascendencia alguna; y aunque en ocasiones acudiera á su mente el recuerdo de su amante esposa en unión del de sus tiernos hijos, la fascinadora hermosura de Bibiana, le hacía de nuevo olvidarse de ellos.

Encontráronse de nuevo en un baile que daba la embajada francesa y en el que Bibiana apareció tan bella y encantadora como siempre.

—Señor Ridal, dijo la condesa al joven mientras la saludaba, tengo que hablar con usted cinco minutos.

—¡Qué orden tan grata! replicó Lionel, ¿quiere usted cederme el cuarto vals de esta noche? y si le parece, en lugar de bailar conversaremos.

Llegado el vals, y mientras anduvieron pugnando por abrirse paso entre la numerosa concurrencia que llenaba el salón principal, nada de particular se dijeron, pero al llegar á una habitación algo retirada, Bibiana se apoyó con más fuerza sobre el brazo que le daba Lionel, y murmuró dulcísimamente:

—Deseo hacerle á usted una pregunta.

—Todas las que usted quiera, contestó el joven poniéndose pálido al ocurrírsele si la condesa habría oído decir algo respecto á su familia.

—Quisiera saber si nuestra amistad durará toda la vida.

La palidez de Lionel creció hasta ponerse lívido; el recuerdo de sus hijos y de su bella esposa acudió á su memoria, pero reponiéndose de su turbación, contestó á Bibiana.

—Sí . . . condesa, toda la vida.

—¿Siente usted lo que dice, Lionel? exclamó la joven con los ojos llenos de alegría.

¡Ah! no sabe usted lo que me ha preocupado la idea de que pudiera terminar de repente nuestra amistad.

—Nunca terminará, condesa, repuso Lionel, conmovido por la pasión que leía en el rostro de la joven.

El corazón de Bibiana, palpitaba con vehemencia, sus fibras temblaban bajo la influencia de una sensualidad desconocida, su rostro estaba radiante y Lionel, no pudiendo resistir las miradas de aquellos ojos fascinadores, se inclinó, y aproximando sus labios á los de la condesa le imprimió un ardiente beso.

Las mejillas de Bibiana, adquirieron un color de púrpura, y con éxtasis profundo exclamó:

¡Oh, amor mío! ¡Te habré encontrado para perderme!

CAPITULO XXII

Los días que siguieron á la escena que acabamos de describir, fueron de deliciosos sueños de amor para Bibiana, quien adormecido su espíritu con la dicha presente, esforzábase por no pensar en el temeroso mañana de su primer amor; pero para Lionel, no fueron así; su conciencia le recriminaba constantemente la falta de fidelidad que para con su esposa observaba. La pasión que sentía por Bibiana, era la consecuencia natural de su halagada vanidad, no obstante que al mismo tiempo reconocía que la condesa obraba para con él, no sólo leal sino generosamente. En el ánimo agitado del joven, se confundían encontrados sentimientos; al pensar en Bibiana, llena de amor y ternura, halagábase su orgullo, pues se le consideraba como la mujer más rica, más bella y más deslumbradora de todas las mujeres, pero parecíale también oir en lo más profundo de su corazón los justos clamores de la no menos bella Leonor y de sus tiernos hijos, que le pedían protección y cariño. Más de una vez, sugestionado por los íntimos gritos de su conciencia, sentíase inclinado á confesar á la condesa hallarse casado y que era padre de dos tiernas criaturas, bellas como dos ángeles. Sí, se lo confesaré, decía, y con su generoso corazón me compadecerá por la lucha interna que me confunde. Pero esta confesión, que quizás le hubiera ahorrado en el porvenir un delito, un remordimiento, no salía de los labios de Lionel, pues rebelándose su amor propio ante el temor de rebajarse á los ojos de su amada, le hacía variar de parecer:—No, murmuraba, mejor será seguir la aventura por dos semanas más, y después dejaré de verla para siempre. Y como para acallar su conciencia, escribía largas y cariñosas cartas á su esposa; mucho más largas y cariñosas á medida que se aumentaban sus inquietudes. Prometíase también, á su regreso á Dunwold, reparar toda su falta, consagrarse enteramente á su mujer é hijos, y colmarlos de caricias, en compensación á las que entonces les robaba.

Así, pues, con semblante pálido, el alma adormecida sintiendo en el corazón una profunda melancolía, á causa de los remordimientos que le torturaban, hallábase Lionel en su cuarto cuando un criado le entregó una carta.

Vió que era de la condesa y una oleada de sangre afluyó á su corazón.

Desdobló el perfumado billete y con avidez leyó lo siguiente:

«Lionel mío: Deseo verte. El conde ha salido, y estoy sola: ven á pasar el día conmigo».

La carta de la condesa, hizo olvidar al señor Ridal todos sus pensamientos, y ante la felicidad que le aguardaba, lleno de placer y vanidad se apresuró á acudir á la cita.

Bibiana había desplegado todos los recursos de su tocador para recibir á su amante, y mientras un vivo rubor coloreaba sus mejillas, estrechó la mano del joven, diciéndole:

—¡Cuán bueno eres, amado Lionel! tendrías algún compromiso para hoy. ¿No es cierto?

—Aunque los hubiera tenido, vida mía, repuso el joven lleno de pasión, todo lo habría dejado por el inmenso placer de verte.

—¡Ah! murmuró Bibiana, te pagaré con creces tu cariño.

Y cogiendo á Lionel de la mano, lo condujo al jardín, añadiendo con indefinible amor:

—¡Oh! ¡Cuán hermoso y agradable es amar rodeada de flores!

CAPÍTULO XXIII

Bibiana y Lionel, penetraron en el jardín. La Naturaleza, por su parte, parecía favorecer

(Continuará).

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.--Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.

Director-gerente
Arturo Salom
Administrador.
AGUSTIN SALOM

LA ALBORADA

DAYMAN, 52
MONTEVIDEO
R. O. del Uruguay

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes	ps. 0.50	Número suelto (atrasado)	ps. 0.30
Por semestre adelantado	» 3 00	Por un año adelantado	» 5 00
Número suelto (los sábados y domingos)	» 0 10	Exterior. Por año adelantado	» 7.00
» » (de la semana)	» 0.20		

NOTA—No se admiten suscripciones directas de campaña y del exterior, sin previo pago adelantado, cuando menos por un semestre. Las personas que deseen suscribirse por mes, deberán solicitar la suscripción á los señores Agentes.--La *correspondencia* gráfica debe dirigirse á nombre del director, señor Arturo Salom. La correspondencia administrativa á nombre del Administrador, señor Agustín Salom.

OTRA.--Colaboradores fotográficos de "La Alborada": Ramón Blanco, Uruguay 359; Domínguez y Peragallo, Cerro 21.

AÑO VII — **LA ALBORADA** — NUM. 266

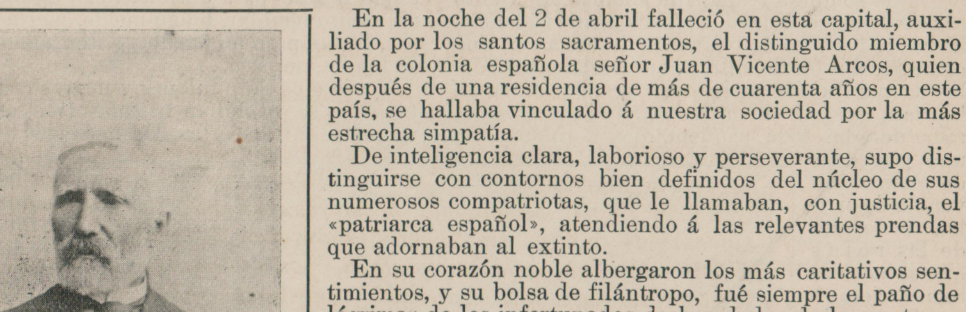
PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR: ARTURO SALOM — REDACTOR: CARLOS F. MUÑOZ — DIBUJANTE: JOSÉ OLIVELLA — ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

Oficinas: Daymán, 52 — Montevideo, Abril 19 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5

Necrológicas



Señor Juan Vicente Arcos

En la noche del 2 de abril falleció en esta capital, auxiliado por los santos sacramentos, el distinguido miembro de la colonia española señor Juan Vicente Arcos, quien después de una residencia de más de cuarenta años en este país, se hallaba vinculado á nuestra sociedad por la más estrecha simpatía.

De inteligencia clara, laborioso y perseverante, supo distinguirse con contornos bien definidos del núcleo de sus numerosos compatriotas, que le llamaban, con justicia, el «patriarca español», atendiendo á las relevantes prendas que adornaban al extinto.

En su corazón noble albergaron los más caritativos sentimientos, y su bolsa de filántropo, fué siempre el paño de lágrimas de los infortunados desheredados de la suerte.

Debido á su fecunda iniciativa, sus connacionales recibieron del señor Arcos muy importantes y desinteresados servicios. Fué uno de los socios fundadores de la «Sociedad Española 1.ª de Socorros Mutuos», é iniciador de la fundación del Hospital y Club españoles. El implantó en nuestra tierra las costumbres de la madre patria al introducir las bulliciosas romerías que año á año se realizan al son de gaitas y panderetas en el pintoresco local del Campo Eúskaro. Fuera de estas obras, conocidas y elevadas, su nombre figuró en primera línea en toda comisión importante organizada por sus compatriotas.

Por eso su sepelio, efectuado en la tarde del día 3 de abril, fué una verdadera demostración de la admiración y el cariño que se le profesaba.

La Alborada se une al homenaje que le tributaron sus amigos y compañeros, enviando á sus deudos el pésame más sentido.

—El 21 del pasado mes falleció en el pueblo de Pando la señorita Auristela Anelli, después de una enfermedad penosa que le tuvo postrada en cama durante bastante tiempo.

La extinta era muy querida en la sociedad de Pando por sus relevantes condiciones. Como dotes físicos poseía ese atractivo irresistible de la mujer de buenas formas y mejor palmito, por el que más de un pandense perdió la cabeza; como virtudes morales tenía las muy honrosas de ser de un alma buena, grandemente buena, sensible á todos los males y todos los dolores que ella pudiera remediar ó consolar con su palabra ó su acción; prodigaba consuelo como prodigaba sonrisas; hacía el bien por el bien, sin parar mientes en quién fuese el beneficiado; en quién el agraciado. Como educacionista que era, misión por la cual había sentido especial vocación, Pando bien la conoce, bien la quiere. Los niños que han estado bajo su dirección, que han aprendido un elocuente reflejo de sus conocimientos pedagógicos, la recordarán con cariño, sentirán su falta. Por eso, por todo lo que valía, á su temprana muerte—temprana decimos pues apenas contaba 22 años—Pando se sintió acongojado y acompañó en masa, hombres, mujeres y niños, sus lamentados restos á la última morada.—En el acto de dársele sepultura, el señor J. Crespi pronunció un sentido discurso,

La fotografía que acompaña á estas líneas la enseña en una época feliz de su existencia, cuando lejos de presentir el temprano fin que le aguardaba, sonreía, sonreía á la vida que parecía mostrársele próspera, llena de grandes ensueños y grandes esperanzas.—¡Ironías del destino!



Señorita Auristela Anelli

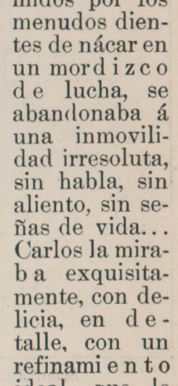
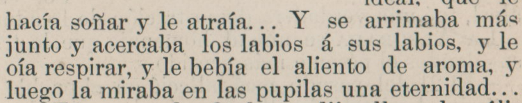
Alma grande

A la señorita Delia Muñoz.

La pareja enamorada hace un gran silencio, un vacío de minutos que pasan, contados por las rimadas tocesitas del menudo reloj encaramado en el piano silencioso y negro como un ataúd cerrado. Es la voz hueca del mundo que está diciendo siempre que se muere como un gran tísico. El reloj es una perversidad de los hombres. Le han hecho para que les cuente el aliento. Es un dedo que señala hacia las tumbas. Para la muchedumbre, es una necesidad. Para un escéptico es la muerte que se burla de la vida. Para los cobardes es la eterna angustia. Para el corazón es el mayor crimen.

Por las ventanas abiertas, entraba en la sala negra de sombras y muda de silencio, un viento callado, que se colaba despacio, sin violencia, hamacándose, como vaivenes de cuna, en una como indecisión de entrar con los alientos malos de sus caricias sucias con la calle, en aquella sala vestida de alfombra, toda nuevecita, toda dorada, toda paqueta, que dormitaba en una claridad de plata vieja venida de arriba, de lo alto de las rejas que se acercaban al cielo.

Afuera, la amante blanca de Pierrot agonizaba desesperada entre nubarrones toscos y abultados como vientres burgueses, que le oprimían, le estrujaban, le manchaban y le hacían pedazos el vestido de luz y azahares por el que Pierrot estaba loco.

San Eugenio.—Jefatura Política

En las lejanías oscuras, flámulas nerviosas alumbraban como pestañeos de ojos soñolientos, el silencio del mundo que dormía. Eran preludios de tormenta.

En la sala silenciosa el reloj marchaba... marchaba... mientras «ellos» se apretaban enmudecidos, como dos miedos que se juntan para ser menos cobardes... Y aquella unión imprevista, impensada, les sorprendió, y se miraron en los ojos decidores. Y amorosamente, sonriéndose, se cogieron las manos y se acariciaron las palmas con las yemas de los dedos, muy despacio, en una larga cosquilla de amor.

—¿Me quieres... Malena?

—¡Oh!.. mucho... mucho...

—Y entonces...

—¿Y entonces qué?

—¿No recuerdas? Lo que hablamos ayer, lo que tú me prometiste...

—No, Carlos, no, eso no; no me hables... Me haces sufrir... Te quiero mucho... mucho... soy tuya... toda tuya... toda, tú lo sabes... pero eso no... no puede ser... no me lo pidas...

Y la pobre novia, con los ojos clavados en la negrura del techo, mecía la cabeza como una dolorosa negación, como el resultado de una lucha entre el corazón que ama y la cabeza que razona. Era el pudor que defendía á la virgen. Estaba sublime. Es el segundo de la vida en que valen más las mujeres.

—Baja esos ojos de sueño, y mírame, Malena. Piensa en mí, recuerda tu cariño y el mío, mis sacrificios, mi sinceridad, mis esperanzas y mis sueños, lo que hemos tejido juntos en otras horas y en otros deseos; piensa que yo soy tu novio, tu solo hombre, tu cariño todo, que para mí es el beso, óyelo bien, para mí solo... Razona, Malena, razona. Haz un esfuerzo... No seas así... Tú que lo prometiste...

—Sí... Te lo prometí... Carlos, porque te quiero y no quiero verte apenado... Porque eras tú quien lo pedía... Pero hoy, ¡ya ves!... no tengo fuerzas para dártelo; llega el momento y me siento temblar, tengo miedo, pierdo las fuerzas, lucho, pero no puedo... Perdóname... No sé lo que me pasa...

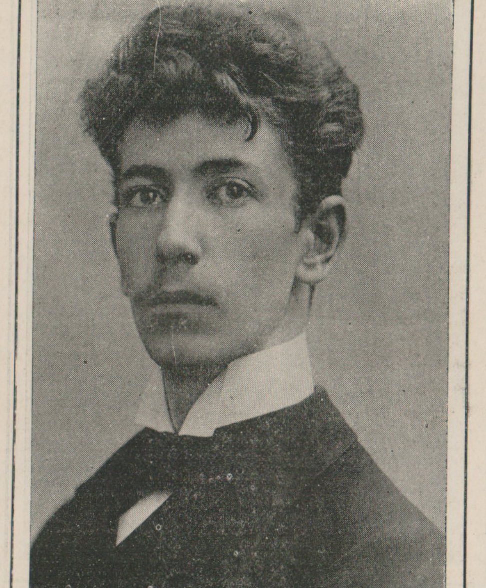
Y sus ojos grandulones y negros como cuentas finas se escondían tristones tras las rejas de pestañas entreabiertas. Después suspiraba hondo, y con los labios oprimidos por los menudos dientes de nácar en un mordizco de lucha, se abandonaba á una inmovilidad irresoluta, sin habla, sin aliento, sin señas de vida... Carlos la miraba exquisitamente, con delicia, en detalle, con refinamiento ideal, que le hacía soñar y le atraía... Y se arrimaba más junto y acercaba los labios á sus labios, y le oía respirar, y le bebía el aliento de aroma, y luego la miraba en las pupilas una eternidad...

—Tú eres malo, Carlos... dijo ella melancólicamente. Tú sabes que eso no me lo debías de pedir ahora que somos novios... Me da mucha vergüenza... Yo te prometo que cuando nos casemos te daré todos los que quieras... Oh, entonces serán tan dulces, tan dulces!

—No lo creas, Malena. No es así. Cuando nos casemos no habrá en los besos ese idealismo, ese no sé qué delicioso que hace enloquecer los labios y los pide siempre y siempre los quiere... y tiene siempre sed de ellos... Tú estarás unida á mí por un lazo indisoluble que no es amor, un lazo de fuerza, una cadena de toda la vida. Te ligará á mí, á mis antojos, á mis gustos, á mis dominios, un collar que los hombres me han vendido para que te ponga al cuello, para que te ate las manos... Entonces serás mía porque te habré comprado... Serás mi esclava... mi juguete... mi albedrío... mi polichinela. Serás mía porque el mundo lo ha legalizado, que es la mofa mayor al corazón... Por eso, porque hay un «permiso» del mundo para nuestros amores, es que le faltarán á esos besos la fuerza del amor, las ansias del deseo, la espasmosidad de los labios que estallan locamente... Esa boca tuya será mía así, prosaicamente, como puede serlo un objeto que compre para distraerme; será la fruta adquirida, la que me han dado, la que me obliga arbitrariamente á gustar una maldita ley de la vida. Pero, ¡oh! la prohibida, la libre, la que se lucha por conseguirla, la que no es de nadie y no se vende, á la que no liga más que el romance de ilusiones y de ensueños de los corazones libres como el aire, como el ave, como el mundo libre! ¡Oh, no quiero trabas! Antes quiero que tu alma y la mía sancionen nuestro amor en un juramento que sea un beso y tenga como sello el lacre de tus labios... Primero, nosotros. Después, los hombres... Decídete, Malena, decídete...

—No... no puedo... no puedo... Tendrás razón... no lo niego... para ti... Pero para mí tú razonas mal... Yo soy mujer... Espera á que nos casemos... Pero ahora... ahora no... somos solteros... nada más que novios... tú eres hombre... y los hombres son todos así... Me besas... y luego... luego te cansas... te aburres de mis besos... de mis cariños... y me dejas para siempre!.. ¡oh, no, eso no, Carlos! ¡Eso es horrible!..

EMINENTE POETA



Eugenio Díaz Romero

—Entonces, dudas...

—No dudo. Pero tengo miedo del mañana. ¡La vida es tan mala!.. Espera... Yo, que soy mujer, tengo fuerzas y espero... Y tú, tú que me quieres tanto... ¿no harás el sacrificio de esperar?.. Esa será tu última prueba... Tú sabes que vivimos las mujeres llenas de prevenciones... El corazón quiere hacer muchas cosas que las conveniencias defienden por las asechanzas que la vida engañosa encierra... ¡Sí, engañosa, embustera! ¡Todo es así!.. Hay veces que creo que tú eres también de esos... galeote... que tú también me acechas... que me quieres sorprender, vender... como Judas... por un beso...

Y al recibir de Malena la mirada entera, á plenos ojos, como una sonda de almas, Carlos se sintió sonrojar las mejillas como dos pecados, como dos delitos, como dos confesiones; no pudo ser más falso, mentir más «sinceramente». El corazón le vendió los labios... La mentira no salía...

Era imposible ya. Aquella mujer delicada, menuda, fina de cabos, tan insignificante en su humildad de diosa dominada, de virgen abatida, de presa segura, le había vencido... Era demasiado fuerte...

Le confesó todo. Sus propósitos, sus malas ideas, el amor fingido, la comedia hecha.

Casi, suya no era la culpa. Seguía una escuela. Oía unos consejos. Tenía malos gérmenes en el corazón. Era el mal de la época. Era peor que una mujer. No había sabido mentir verdaderamente.

Y se confesó. Era su única verdad.

—Perdón... perdón Malena. Te he estado mintiendo...

La frase quedó cortada como una herida abierta. De pronto se escuchó un rumor de precipicio, un rezongo murmurado entredientes por un rencor muy grande, una rabia gritada con los labios cerrados, un ruido de cóleras y odios implacables. Los dioses estarían riñendo allá arriba por cuestión de amores... Después, hubo como un desgarre de entrañas, un alarido de bestia grande, la crepitación recia de un gran dolor explosionado. Y el trueno se produjo y el caos estalló. El agua diluviada entró por las ventanas abiertas, y en las sombras vagarosas de la sala silenciosa, hubo estremecimientos... De lejos, muy lejos, llegaban en las grupas del viento, lamentos de plañideras, ecos de músicas enfermas, sones de cuerdas cansadas... Era Pierrot que estaba muy triste, muy triste, y cantaba... cantaba á la luna... el dolor de sus amores olvidados... Y la ingrata de allá arriba no le oía...!

—¡Qué miedo! — exclamó de pronto Malena.

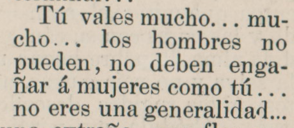
—¿De qué?—le contestó Carlos.

—No sé...

Y como ella se quedara callada, el novio prosiguió:

—Sí, Malena, perdón, perdón; te he estado mintiendo... ¿A qué negarlo? Soy eso que tú dices... un galeote... Judas hipócrita, Judas falsario, Judas hueco, Judas maldito... Soy más: soy peor que eso: soy Judas bostezado porque no he tenido siquiera el valor de concluir... El blasfemo de Judea tuvo la honradez de terminar...

Tú vales mucho... mucho... los hombres no pueden, no deben engañar á mujeres como tú... no eres una generalidad...



eres una excepción, una extraña, una flor con savia de leones, una leona con garras de paloma, una paloma que se defiende con arrullos y ataca enseñando la pureza de sus alas blancas... Quisiera ser para ti un desconocido... uno nuevo... uno que empieza... el más último, pero sano de alma... enteramente sano, puro como un corazón de niño, ser un niño... eso... un pobre niño, una insignificancia de hombre, para ponerme ante tí la vida de rodillas, y escuchar la habla silenciosa de tus ojos negros, que han aprendido á hablar para que los labios besen...

Pero hoy ya es tarde. Es muy bonito este cuento azul... Siento el vértigo de este sueño delicioso que llega tarde... Será mi pesadilla. Será mi locura. Quizá sea... ¡pero qué!.. iba á decir mi muerte... Hay verdades que parecen ramplonadas, y Polichinela no dijo nunca una verdad.

Carlos calló y se levantó reciamente, como

una decisión, como una irresistible voluntad.

—Malena, he dejado de ser su novio... soy un desconocido. No puedo tutearla más. Le ofendería. El pillo, el villano, el infame que se revuelca con la tierra para reirse del cielo, nunca lo es completo. La imperfección hasta en los males es una ley del mundo. Todos tienen un rastro de hidalguía, una manifestación, un ademán, el tiempo de un minuto, de un tic-tac de reloj, pero lo tienen... Permítame, Malena, que yo también le tenga. Me voy, me debo ir, debía haberme ya ido. Pero hay algo que aún me retiene, no sé si son cariños ó escrúpulos, ó remordimientos... no sé... no sé... quizá todo eso... Los corazones á veces pueden más que la lógica... Detienen ahogándose para ahogarnos la vida. Ellos no mienten nunca. No saben mentir. Son la justicia divina...

Tengo una deuda con usted. He ofendido á la mujer, á ella el perdón. Por eso, de rodillas, humilde, muy humilde, con un último respeto, con una última súplica, pido perdón, todo el perdón de una mujer ofendida. Quisiera ser un cobarde, un pillo, para saber humillarme bien... Malena...

Carlos con la cabeza caída, dirigió una mirada larga, blanda, suave, de pierro fiel, por encima de las cejas. Y esperó...

Malena se irguió de su asiento pálida de coraje. Las víboras rabiosas deben de pararse así.

—Carlos: eres un infame. Te has apoderado de un corazón de mujer para jugar con él. Alma de fiera domesticada, sanguinario por herencia y por vocación, has merodeado en derredor de una pobre presa que no tuvo más culpa que mirar el mundo y las cosas con su cándida alma de pobre buena mujer... Estaba en la selva y no veía garras, ni melenas, ni apetitos, ni oía rugidos deseadores de presas frescas... Crédula, me perdí, me dejé perder... Tu triunfo, confiésalo, fué fácil; no te debes vanagloriar de él... Cogiste mi corazón entre tus manos negras de basuras, sucias de otras sangres y otras infelices, é hiciste el ademán traidor de dirigirlo al cielo, al cielo azul y puro como las pupilas de Dios, y lo dejaste caer, lo tiraste á la calle, al inmundo arroyo, y me lo estrellaste y lo hiciste pedazos, muchos pedazos .. Ahora vuelvo por ellos, te los reclamo, te exijo me lo devuelvas entero, sano, puro, como yo te lo entregué, como tú me lo robaste... ¡Infame! Me siento crecer las uñas como estiletos vengadores, y en mis brazos siento hervir fuerzas extrañas que me impulsan á hacer con ellos la contracción combada de una horca que se cierra, para echártela al cuello y ahogarte... ahogarte... Mi indignación me iguala á tí. Me baja hasta tí. A ser asesina. Como lo oyes... Asesina...

El novio escuchaba con la cabeza baja, confundido, humillado. Y sus labios torpes, temblaban como válvulas flojas, al murmurar la única palabra de un cobarde:

—Perdón... perdón...

—¿Por qué te confesaste, dilo, por qué? ¿Por qué no me seguiste engañando toda la vida? Tendrías besos, no uno, sino muchos... muchos... más que besos: hubieras tenido... ¡yo qué sé!.. lo que puede dar una mujer enamorada hasta las cachas... ¡Tú no sabes lo que se sufre cuando una vive con el alma muerta, vencida, hueca, cuando se oscurece todo ese prisma magnífico del ensueño, que es lo único que da alientos á las almas para seguir tropezando con la vida!.. Lo he perdido todo... todo... Nada me queda, ni una perspectiva, ni un miraje, ni una vibración que me diga: El mundo vale más de un hombre. Olvida. Desprecia.

FAMILIA REAL



El Kronprinz y los príncipes Federico, Adalberto y Augusto de Alemania

La mujer ofendida, la amante burlada, la rabia vengadora estaba satisfecha. Malena con su última palabra, que fué un balbuceo, un ahogo, un suspiro, la queja de una viola, había dejado en la última voluta venenosa, como la postrimer furia de una tormenta que se aleja... Las mujeres son débiles hasta en la venganza, que es lo que saben hacer mejor. Después de los accesos furiosos de los nervios alienados, después del primer azote, finamente terrible, estileto de almas que hiere por la espalda, que mata sin sangre, que envenena, que quiere fulminar con sus rayos de bengala, después del desprecio que es su insulto mayor, el argumento de toda su fuerza, viene la derrota fatal, el vencimiento, el desgonce de los huesos, la vaciedad de las carnes flojas, la anemia de las venas, la anemia del corazón, el armazón que cae, Dios que se desmorona desde el cielo alto, en fin, se abren las válvulas de los ojos y con las lágrimas se va la vida...

Malena lloró á raudales. Se sintió domeñada, infeliz, insignificante, desamparada... La fe la había perdido con el amor que huía. ¿Qué iba á hacer ahora con aquella soledad, con aquel dolor, con aquella vida? Morirse.

Y lloró minutos enteros dejando pasar el silencio, que es el eunuco de la última odalisca, la odalisca negra, la terrible odalisca...

Pero el llanto es agua de tormenta. Reblandece las piedras, y el corazón que odia es un guijarro. En Malena surgió una vida nueva, un vagido de bondad, un algo que era una bendición, y la bendición perdona. El perdón es una esperanza que llega. ¿Aún soñaría? La mujer no es completamente perversa porque es hermana de la rosa de los vientos...

—He sido muy cruel contigo. Sí. Lo he sido. Pero tú también... Tú más... Oh, mucho más!.. Tú me has partido el alma en dos mitades con un puñal beleñoso, y yo le he querido sacar, le he querido destruir con la fuerza de mis uñas, de mis pobres uñas... ¡Tú ves la diferencia!

—Perdón, Malena... perdón...

—Sí, perdón; eso es lo que tú quieres... perdón... mucho perdón... Te hace falta después del mal que has hecho... Tienes el alma muy baja, para que puedan agacharse hasta ella mis perdones... No... no te perdono. Si yo perdonara sería tan infame como tú... porque admitiría el ultraje, el baldón, la burla, las soecidades de tu existencia depravada al olvidarlo todo; y eso... eso no es de alma grande, y eso no lo hace Malena... Ya te digo: no, no lo olvido... no perdono!

Luego Malena anduvo unos pasos. En las tinieblas de la sala parecía la silueta errabunda de un alma en pena... Un aliento frío entró de afuera. Carlos tuvo estremecimientos... Ella se le acercó de nuevo, y dándole el sombrero, le dijo:

—Ven.

Y cogiéndole de un brazo, le arrastró decididamente hasta la puerta.

—Ahora, Carlos, toma; y estampó en la frente de su novio un beso dulce como un panal de miel...

Carlos revivió. Hubo en todo él una resurrección, una aurora, una esperanza...

—¡Malena! ¿Me perdonas?

—No... Agradecida... te pago el precio de tu confesión... que fué tu única honradez... Véte...

—¿Y aún quieres que me vaya?.. En la calle... llueve...

—No importa... Y acostando un brazo sobre el pecho tembloroso, añadió Malena mordiendo las palabras:

—Aquí adentro... también llueve...

MANUEL MEDINA BETANCORT.

Julio César Barros

Se encuentra de estadía entre nosotros el prestigioso comandante nacionalista don Julio C. Barros, cuya actitud en los últimos sucesos revolucionarios es ya del dominio público. He aquí algunos lijeros datos biográficos del jefe que nos ocupa: Nació en Don Pedrito (Río Grande) el 27 de Noviembre de 1864. Empezó la carrera de las armas en el Quebracho, alistándose como soldado distinguido en la división del comandante Pedro Barrera, de Tacuarembó. Después pasó al Brasil y con el grado de alférez formó en la división de Cabeda, al iniciarse en el vecino país la revolución de 1891, en contra de la dictadura de Deodoro da Fonseca. En 1894 comandaba ya, con el grado de capitán el regimiento de caballería número 1.



Comandante Julio C. Barros

tiempo jefe interino del cuerpo. Después atacó á Bagé, á Sarandí y á Santa Ana el 6 Mayo, tomando en este punto toda la guarnición. Muerto Gumersindo Saravia, se incorpora en el paso de *Ricardinho* á las fuerzas de su hermano Aparicio, quien le confiere el cargo de jefe de vanguardia. En ese tiempo los revolucionarios brasileños habían emigrado derrotados, por cuyo motivo Saldanha da Gama dijo al presentar á Barros al general Aparicio Saravia: la fuerza de este oficial es la única que toca todavía el clarín en las cuchillas de Río Grande. En Santa María chica Barros fué herido por primera vez, y ascendido después del combate á teniente coronel en el comando del cuerpo á sus órdenes. Peleó en Campo

El 24 de Enero del mismo año peleó y deshizo un escuadrón gubernista al mando de Juan Francisco, asistiendo después al ataque y toma de Santa Ana. Se halló en los combates de *Yararacá*, *Ibiracoy*, *Nanduy*, *Sepulturas*, (donde derrotó nuevamente á Juan Francisco) *Marco de López y Río Negro*, batalla en que fué tomado prisionero el mariscal Isidoro. En ese combate, como cayeron heridos el 1.º y 2.º jefe del batallón de infantería en que Barros peleaba, fué ascendido á sargento mayor, nombrándosele al mismo

Ossorio donde fué muerto Saldanha da Gama. De allí se incorpora en Caverá á las fuerzas de Maneco Machado, á cuyo lado permaneció como jefe de la primera brigada hasta la paz de Septiembre de 1895.

En la revolución oriental de 1897 su actuación fué también importante. Invadió nuestro territorio con un puñado de hombres el 28 de Febrero, siendo atacado al día siguiente en Cuchilla Negra. El 28 de Marzo se incorporó á Saravia en Aceguá y después de la batalla de Arroyo Blanco fué nombrado jefe de vanguardia.



El comandante Barros acompañado del teniente Arturo Silva, Comandante Aníbal Chagas y capitán Pedro P. Valiente

El rey de las gemas

La cabañuela se hallaba como hundida entre los erizos breñales que bifurcaban y extendían sus entecas ramazones, serpenteando sobre el suelo estéril del vallecito.

El cazador audaz, ó el extraviado viajante que por rara casualidad llegaba á ese paraje, sólo podía darse cuenta de la existencia de seres racionales, por el girón de humo que surgía del techo rojizo de aquella choza, que á juzgar por su construcción salvaje y primitiva, parecía la guarida de alguna tribu aborigen.

Llegando á la cúspide del monte más erguido, columbrábase entre las torvas lejanías el campanario del vecino villorrio, y los días de fiesta, cuando lo de arriba estaba azul y una lujosa floralia matizaba los jardines cultivados, llegaban hasta la desierta mansión, amortiguados por la distancia, los tremantes clamores de las campanas que echadas á vuelo, repicaban hasta desgañitarse, invitando á los fieles á cantar plegarias y á ofrendar flores silvestres en el altarcito de la virgen milagrosa.

Ignoraba Tarsila que corriese en las bocas de las lugareñas una historia sobrenatural, en la que ella fungía como protagonista.


Señora Celia Rodríguez de Moorse

Las villanas propalaban que la avariciosa vieja con quien la núbil vivía, después de celebrar en noche de aquelarres un pacto infernal, había ofrecido su adorable persona al proscrito del paraíso, recibiendo en recompensa de tan nefando negocio, un gran talego repleto de oro de Ofir y el derecho de cosechar en un huerto encantado, la mandrágora, los huesos de muerto desenterrados por las hienas, las cabezas de víboras, las astas de macho cabrío y todos los filtros con que la septuagenaria fabricaba sus filtros y potingues.

Las ancianas, santiguándose, maldecían aquella arboleda sin verdor; los patriarcas, al rescoldo de la chimenea, relataban á los pequeños, consejas espeluznantes, y los mozos suspiraban pensando en la hermosura singular de la embrujada.

La harpía había en efecto, prometido la doncella á un ser sobrenatural, pero no al diablo, á ese pobre mito, tan vulgar, tan feo y tan calumniado, sino á un opulento gnomo, de luenga barba, roja, florida y espiraleada á canelones, patizambo y giboso, lo mismo que un polichinela, con purpúrea caperuza, bordada de piedras desconocidas aun de los más sapientes lapidarios, y un descomunal gorro en cuyas puntadas hacían remate tres cascabelitos de oro, que tintineaban cuando al agitarse la fenomenal cabeza chocaban las cuentas que había en su interior.

Era el prometido de Tarcila el señor absoluto de los imperios subterráneos, capitaneaba legiones de enanos, poseía tesoros incalculables, tenía esclavos nubios y sus aventuras llenaban de leyendas extrañas las comarcas y villas.

En invierno, cuando el frío mataba á los parvulillos huérfanos y se ocultaban los crestones de la cordillera bajo una clámide de astral blancura, paseaba sobre la nieve y, acompañado de una numerosa tropa de pigmeos, bailaba sobre la superficie helada de los lagos muertos, bajaba á lo profundo de los precipicios, exploraba las cuentas misteriosas, raptaba á las muchachas incautas, cazaba siervos, aturdiendo las silentes serranías con el estridente alarido de su cornamusa, y las blasfemias de sus compinches.

La noche de reyes conmovió al supersticioso pueblecillo un acontecimiento extraordinario.

Tarsila había acudido á la iglesia, solicitando del pastor de almas los auxilios de la extremaunción para la vieja que agonizaba.

Los fanáticos campesinos, al enterarse de la solicitud, disuadieron al cura, y aun por fuerza le impidieron suministrar alguna limosna espiritual á la moribunda hechicera.

Tarsila emprendió el camino que á su retiro conducía, avergonzada y llorosa, embargado su ánimo por misteriosos terrores é inexpresables tristezas.

Emigraba el sol, la luna ostentaba su disco clorótico, bañando en blanco todo el paisaje crepuscular, y nublazones pintadas con los tonos atormentados del cobre fundido se esfumaban y desteñían entre la lumbre purpúrea del occiduo fulgor.

Ladraban los perros en las dehesas y caseríos, los garañones relinchaban llamando á las potrancas, el ábrego simulaba los rugidos de león en los desfiladeros, los árboles, enfermos sin frondaje, crujían como esqueletos, proyectando sombras caprichosas.

Cuando Tarsila llegó á la cabaña, salió á recibirla un hombrecillo, un pequeño picapedrero, que con la piqueta echada al hombro, hacía grotescas caravanas.

La casa estaba invadida por una duendería que hormigueaba como república de sabandijas. La moza contemplaba á los pigmeos creyéndose poseída de una alucinación.

Los había decrépitos, con testas de Holofernes degollado y barbas de burgrave, tuertos unos ó de pupilas estrábicas los otros, y todos los demás, narigudos, jorobados, monstruosos, formidables, repugnantes...

Tarsila sintió un espanto indescriptible al ver el lecho mortuorio de su abuela circuido por aquellos entes, que tomados por la mano, valsaban una rondalla de valpurgis, entonando al mismo tiempo extraños cánticos con sus chillonas y agudas voces.

¡Tuvo miedo!

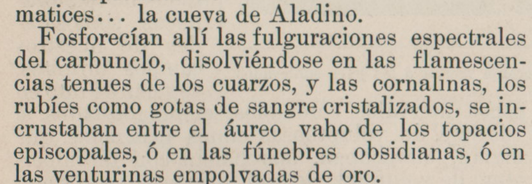
Buscó la imagen del crucificado y vió en su lugar un símbolo trágico: intentó gritar y el terror ahogó sus exclamaciones; quiso huir, y entonces el más viejo de los invasores, el más feo, el más odioso, el que los eclipsaba á todos, un malandrín listo y endiablado, haciendo muequecillas y ensayando brincos de marioneta, asióla con sus brazos de tritón, y ya con la presa á cuestas, escapó á los montes, seguido de los gnomos que vociferaban saltando de roca en roca.

Eso era terrible.

Los viejos agitaban sus nudosas cachiporras, los jóvenes arrancaban de cuajo los arbustos, desprendían peñascos, arrojándolos en una pedrea ciclópea á las llanuras, rodaban las bolas de nieve y destrozaban con sus hachas los obstáculos que encontraban en su carrera, en esa huída polichinesca, estrambótica, horripilante... ritmada por cascabeleo monótono y chocante... monótono y chocante... monótono y chocante...

El despertamiento de Tarsila fué como el comienzo de un fantástico deliquio.

Estaba perdida en una gruta fabulosa, donde todo era chispear de pedrerías, irisaciones fulminantes, feéricos relampagueos, fulgencias súbitas, cristalizaciones radiosas... una mágica ostentación de colores, derrochándose en indescriptible esplendor de matices... la cueva de Aladino.



Fosforecían allí las fulguraciones espectrales del carbunclo, disolviéndose en las flamescencias tenues de los cuarzos, y las cornalinas, los rubíes como gotas de sangre cristalizados, se incrustaban entre el áureo vaho de los topacios episcopales, ó en las fúnebres obsidianas, ó en las venturinas empolvadas de oro.

Palpitaban, coruscando, las glaucas estrías de los ópalos, las oblicuas facetas de las amatistas imperiales, los florescentes espatos, los ónices funerarios y las tétricas marcasitas...

Los gnomos, esos misteriosos descendientes de una raza milenaria, no sólo son dueños de los ricos veneros ocultos en lo profundo de la madre única, también poseen joyas y valiosas preseas, porque en las noches tristes, al mortecino fulgor de los luminares del cielo, han profanado las alcobas de las princesas merovingias para robarles sus cofres de sándalo y sus insignes pedrerías.

Tarsila, enajenada por voluptuoso estupor, contemplaba aquella espléndida apoteosis, creyéndose la heroína de un cuento de hadas.

El tuno Puck se irguió, elevando su vientre de Gambrinus:

—Aquí hay—dijo—tesoros suficientes para perder á todas las mujeres, desde Eva hasta la última que aliente amor al lujo sobre la costra terrestre: los hombres, los pobres necios, no podrán nunca seducir á sus amantes con una fortuna como esta: las emperatrices y cortesanas de los césares romanos, serían humildes pordioseras ante esta opulencia extramundana: yo me río de Cleopatra y otras como ella, porque tengo arcones reforzados de herrumbe enmohecida, que guardan en su fondo negras perlas vírgenes y pálidas, caídas de la luna, cuando la invicta Venus se fué al cielo, y también perlas brunas, más bellas que las que brotaron adheridas á la concha de Anadyomena.

¡Ah, sí, yo soy magnífico é invencible, yo poseo muchas pedrezuelas, de esas que absorben la luz y rutilan como estrellas sobre la frente de Sulamita; yo tengo en mis cavernas las pepitas de oro que fuesen necesarias para cubrir la tierra; tengo todas las gemas que codiciara la reina de Saba; yo tengo un elíxir mágico, el elíxir de la inmortalidad, que mata á la muerte y hace la vida perdurable; ven conmigo, doncella pensativa, ven conmigo, ámame y serás como la diosa.


Señora Celina Cuenca de Williams

Los gnomos aplaudieron con entusiasmo.

El tuno Puck se irguió, elevando su vientre de Gambrinus.

—Nosotros, los habitantes de las grutas, sublimamos á las mujeres hasta las más imponderables excelsitudes: por ellas envejecemos buscando piedras nuevas; por ellas somos gambusinos; por ellas bajamos á las minas, despreciando los derrumbes y el grisú; por ellas llevamos el mandil suspenso al cinto y la piqueta pronta á romper la nervatura de los filones; por ellas nos hacemos artífices mosaicistas y talladores de diamantes; por ellas padecemos de avaricias y encanecemos prontamente.... por ellas... por las mujeres...

Los gnomos aplaudieron.

Yo te ofrezco mis riquezas, muchacha melancólica; serás mi señora, poseerás mis palacios subterráneos, tendrás vasallos á miles, beberás cerveza negra en el vaso de Federico Barbarroja, podrás ataviarte con las vestiduras de Grimilda ó Brunequilda .. serás inmortal... ¿lloras? ¿pues qué más quieres?

—Amor...

Ciro B. Ceballos.

Méjico.



Ecos de la revolución

LOS DESARMES

Terminadas definitivamente las tratativas de paz entre el gobierno y las autoridades nacionalistas, en todos los departamentos donde existían fuerzas revolucionarias, así como del gobierno, se dió principio al desarme, aquéllas bajo los requisitos estipulados en el pacto cerrado, que eran las de hacer entrega en puntos dados y en presencia de delegados del Ejecutivo, de todas las armas que pertenecían al Estado, refiriéndose, como se sabe, á las que armaban á las Urbanas sublevadas; y estas últimas, las fuerzas del gobierno, que sólo fueran Guardias Nacionales, en las ciudades cabezas de departamentos. Como es de presumir, al darse cumplimiento á esta colectiva rendición de armas y pasiones, en un franco deseo de dar término á rencillas y malquerencias de momento entre hermanos de una misma patria, se desarrollaron las escenas más pintorescas é interesantes que puede apetecer el antojo del más ávido y parco en sensaciones.

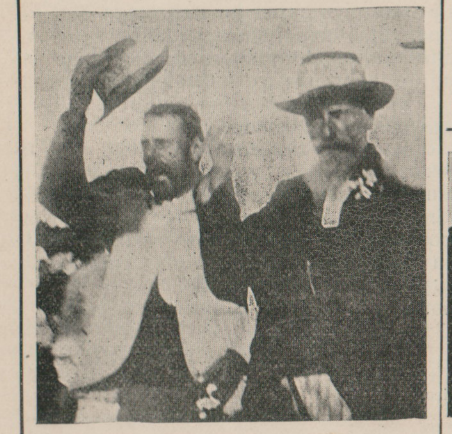


El desarme en el Durazno.—1,200 hombres del general Muniz frente á la jefatura
Fot. de Paladino.

Las columnas en viaje hacia los centros de desarme, unas distantes del punto de localización de sus acciones belicosas, otras bastantemente cercanas, ofrecían uno de esos aspectos extraños que para desgracia nuestra se repiten con alguna asiduidad en el suelo de nuestra común bandera.

San José.—Comisión de señoras que fueron á recibir á los jefes sublevados

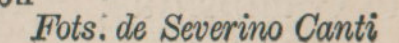
Los cerros, los llanos, las cuchillas, los frondosos bosques, los verdegueantes prados, toda la exuberante vida, todas las panorámicas sinuosidades de nuestros campos infinitos, se veían de rato en rato, con pocos intervalos, coronados, empingorotados, si así puede decirse, de voluptuosas cintas matizadas, que se desenvolvían, marchaban, marchaban con un imperturbable ritmo de voluntad, siempre despacio, pero siempre andando, adelante, adelante... Y al trote monótono de las bestias cansadas de marchas interminables, las pobres bestias que siempre son las destinadas á *encarar* los rencores civiles de sus dueños sin comerlo ni beberlo, sin haberlo querido, ¡qué van á quererlo ellas pobres bestias pacíficas! —allá van hacia el lugar de la cita consabida, el río de soldados veteranos los menos, novicios los más, con el arma en una mano, las riendas flojas en la otra, el cansancio extenuante en el cuerpo, la felicidad de las próximas alegrías presentidas en el alma... Después, la escena final, la escena prevista. El soldado, el hombre-guerrero, el hombre agresivo-defensivo, abandona sus atributos, entrega el arma, sostén de su ideales ya satisfechos, y se vuelve á lo que era antes, un pacífico, un laborioso, un hijo de la paz y del progreso. El labriego, vuelve á su arados y á sus tierras abandonadas, reinicia la vida de los campos germinadores; y los demás, que casi siempre son los menos en razón de que el humilde, el trabajador de la naturaleza, es el que está condenado por una ley arbitraria á ser el mayor contribuyente de las convulsiones de sangre, vuelven también á sus quehaceres, á sus diversas ocupaciones de los pueblos y las ciudades. Todo queda en paz. El silencio fraternal vuelve á imperar sobre nuestra patria entera. Pero, ¿y lo perdido, lo que se ha destruído, lo que se ha deshecho, lo que se ha malgastado? ¿Quién lo vuelve, quién lo repara, quién lo restituye? Nadie. El azote aún no ha concluído. Quedan los resabios. El jefe de familia, el individuo, tiene que ahogar la angustia del alma impresionada, y por sus propios brazos, con sus solas fuerzas, reparar el mal hecho, conquistar las posiciones que le daban bienandanza y alientos para vivir. Cuando se lanzan á una guerra, pocos son los que se fijan en estos tristes resultados, y los que lo hacen, teniendo esto en cuenta y teniendo que perder, preciso es confesado, grande es el sacrificio. Tienen que ser muy grandes los ideales para ello.



Coronel Cicerón Marín y mayor Miguel Cortinas vivando á las damas maragatas

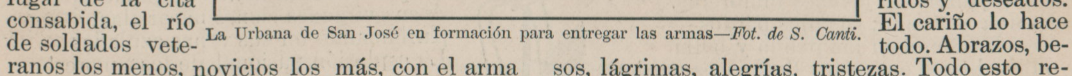


Abanderadas de la comisión



Fots. de Severino Canti





La Urbana de San José en formación para entregar las armas—*Fot. de S. Canti.*

Y para final extraño de todo esto, quedan las escenas de familia, la vuelta al hogar de los seres queridos y deseados. El cariño lo hace todo. Abrazos, besos, lágrimas, alegrías, tristezas. Todo esto revuelto, en raro consorcio, matizado, explosionado todo ante un solo motivo: la vuelta del cariño ausente. Madres, padres, novios, hermanos, todos entonan ese día el hermoso, el dignificante canto al amor, á la dicha, al porvenir, á las esperanzas...

Vale esto mucho, verdad; pero más vale que no existan estas tristes causas para llegar á tales patéticos resultados.

Otros son los horizontes. Otras las perspectivas.



Revolucionarios marchando hacia el campamento de la división González



Flores.—La Urbana el día 17 de marzo sublevada en el patio de la jefatura

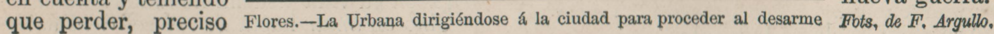
Las fotografías que publicamos de la gente del general Muniz frente á la jefatura del Durazno, fué tomada el lunes 6 de Abril á las 10 de la mañana.

La tropa ha echado ya pie á tierra para procederse al licenciamiento.

Las vistas de San José, enviadas por nuestro corresponsal Pedro Chabalgoity, fueron tomadas con motivo del desarme de la Urbana de aquella localidad, efectuado en medio de entusiastas vivas dados por las damas nacionalistas maragatas. Una comisión de señoras salió al encuentro de la división, con banderas desplegadas, como puede verse en nuestros grabados.

Las otras fotografías proceden de Flores y representan también varias escenas de la sublevación y desarme de los insurrectos.

La de la Urbana fué tomada en la madrugada del día 17 cuando la milicada entusiasmada empilchaba sus pingos para largarse á la nueva guerra.



Flores.—La Urbana dirigiéndose á la ciudad para proceder al desarme *Fots. de F. Argullo.*

Isabel

POEMITA

I

¡Es Isabel tan linda!
¡Tiene una boca juvenil que encanta!
¡Tan roja como el cútis de una guinda,
E ingénua como el labio de una santa!
Isabel reune siempre en torno suyo
A cuanto astuto colegial encuentra,
O deja de plantón en las vidrieras,
Cuando á una tienda entra,
Un enjambre de jóvenes lumbreras.
Es una niña aún; sus ojos pardos
Destácanse en su faz pálida y bella.
¡Hay el tinte en su tez de frescos nardos
Abrillantados con fulgor de estrella!
¡Es Isabel tan buena,
Que á quien hable con ella, lo enajena!
Pues, confunde en su voz de suaves trinos,
La emoción del dolor con la tristeza,
Los cánticos divinos
De las aves que entonan en la altura
En sinfónicos trinos
El himno hacia la gran naturaleza,
Con el rítmico acento de ternura
De la virgen que muere por despecho,
Y que llama al galán con asias llenas
Para hundir su cabeza dentro el pecho
¡Y sepultarle sus intensas penas!
Es Isabel tan santa,
Que cualquier eco mundanal la espanta
Y llora sin cesar como chicuela.
Cuando alguna amiguita pizpireta,
Le narra la romántica historieta
De una pasión gigante de novela

II

Apesar que Isabel es tan hermosa,
No es del todo dichosa;
Pues siente accesos de tristeza inmensa
Cuando ve que se van las golondrinas
Como novias enfermas, peregrinas
A perderse en la bóveda azulada,
O á traspasar la mar alborotada
Para llegar á sus primeras cunas,
Después de un raudo y caudaloso vuelo
Probando sus fortunas
De balcón en balcón, besando el suelo.
Isabel siente vértigos de penas
Cuando nota dos nubes compañeras
Que deshac n sus frágiles cadenas
Por ráfagas de brisas pasajeras.
Quisiera ver eternamente unidos
Los cielos y la tierra
En un abrazo indisoluble y santo!
No le place el quebranto
Lo harmónico le gusta; no la guerra
En las humanas cosas
Anhela ver dos tórtolas mimosas
Contarse en sus arrullos soberanos
La historia del amor,—la apasionada
Novela de sus sueños extra humanos,
En la cual la heroína enamorada
¡Esconde el pico para abrir sus alas
Y ofrendar al Amor sus ricas galas!

III

Por la noche Isabel duerme intranquila;
El sueño se le vá, siempre vigila
Su raudo y triste pensamiento joven.
No importa que las horas se las roben
La duda y el pesar. Reza inconsciente
Rosarios y oraciones.
El pecho se abre; se clarea la mente,
Y la niña entre suaves sensaciones
Hunde en la almohada su cabeza hermosa
¡Y quédase dormida cual la rosa,
Embriagada por trémolos y sones
De música harmoniosa!
Y así pasan los meses y los meses
Y la niña cavila sin descanso;
De su almita, en el límpido remanso
No se reflejan las doradas mieses.
Sólo el astro de fuego del Verano
Le presta sus ardientes resplandores
A sus vírgenes sienes nacaradas;
¡Inflamando en sus venas azuladas
La esplosión pasional de los amores!

IV

En torno de Isabel siempre se agitan
Gallardos corazones, que palpitan
Con el calor de la pasión primera,
Por conquistar siquiera
Una sonrisa de sus labios rojos,
O algún soslayo de sus pardos ojos
Más apesar de que aún no mira á nadie,
Ella parece acariciar sonriente
Por los confines de su almita santa,
La silueta de un joven pretendiente
que mucho la quebranta.
Y ese dulce pesar que la enamora
Jamás lo manifiesta á sus amigas.
¡Conoce á las mujeres,
Y sabe que las tiene de enemigas
Si les dice sus íntimos quereres!
El Ideal que su cabeza forja
Lo vé risueño en un gallardo joven;
¡Le da miedo el pensar que se lo roben,
Después que lo ama con vehemencia loca
Y besa en sueños su tranquila boca!
Mucho no ha de durar la inútil lucha
Que libra sin razón su mente inquieta.
¡Continuamente lee con ansia mucha
Los trágicos amores de Julieta!

V

Todo en la vida su destino tiene.
Lo bello y bueno pedestal de fama.
Siempre á su tiempo la victoria viene,
Cual llega el beso para aquel que ama.
La niña se decide,
A dar audiencia al corazón que sufre.
¡Ella ha sentado con pasmosa calma
Que será su existencia en adelante,
La santa voluntad del que preside
El universo en su vaivén gigante!
Y trócase su gran melancolía
en plácida alegría.
Sus noches son auroras nacaradas;
Sus tardes, un coloquio interminable.
¡Las estrellas son cunas argentadas
Donde mora su sueño idolatrable!
Se ríe del pasado.
Ama el presente con ternura suma.
Su rostro se constela demasiado
De la pasión con la purpúrea espuma.
Sigue como antes Isabel tan santa,
Que cualquier eco mundanal la espanta;
Más no llora, cual tímida chicuela,
Cuando alguna amiguita pizpireta,
Le narra la romántica historieta
De una pasión grandiosa de novela
Sino que con el alma se apasiona
Porque triunfe el amor de su heroína.
¡Y en su vida risueña no ambiciona
Sino en *amar* hasta que el sol declina!

PEDRO ERASMO CALLORDA.

La carta

En Angulema nació, al mismo tiempo que el sobre, su compañero, y una caja de cartón le sirvió de cuna. Apenas salida de las creadoras manos del artífice, fué adornada con flores azules y lujosamente prendida con una *M* de plata. Algunos días después de su nacimiento, el fabricante, su dueño, la envió á París en gran velocidad; iba cubierta con envolturas de papel, y metida con otras en una caja de madera.

Al clavar el cajón, la asustaron los golpes del martillo, y toda temblando se aproximó á sus compañeras.

Dos días después veía la luz del sol en un escaparate del Boulevard; allí, sujeta con unos garfios de hierro, mezclada con estampas y papeles, entre objetos de madera y bronce, de marfil y nácar, miraba suplicante al sobre que estaba expuesto más abajo, como pidiéndole el auxilio de su protección en medio de tantos extraños.

Su virginal atavío contrastaba con el de las hermosas actrices, representadas en artísticas fotografías.



Entre un retrato de Gambetta y un busto de Víctor Hugo, mirando una apoteosis de la república ó al lado de la Venus manca, permaneció mucho tiempo inmóvil y aislada.

Veía cruzar en vertiginoso torbellino los carruajes y las personas y parecíale que cada individuo que pasaba la amenazaba con un rapto.

¿Ella tan pura y casta, con su blanca túnica salpicada de flores celestes; ella, que ceñía á su frente la *M* de plata como argentada diadema, en poder de un seductor de oficio ó en compañía de una vengadora descocada? ¿A qué fines la destinarían? ¿Sería instrumento de perdición y vería manchada su alba vestidura por signos de ignominia, ó se rozaría con mugriento billete más vil que el metal que representa?

Emisaria del dolor, ¿iría sembrando llanto por donde quiera que fuese, ó paloma mensajera, llevaría en su pico la amorosa nueva?

Esto pensaba la carta, mientras desfilaban por delante de su balcón, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños!

Así permaneció mucho tiempo, sufriendo en su incertidumbre, como joven esclava, expuesta en el mercado, que ignora el tratamiento que le dará el nuevo comprador; pero un día, ¡día feliz! vió que un coche se paraba á la puerta de la tienda y que bajaba de él una encantadora muchacha, de unos diez y seis años, blanca como la espuma de los mares, con ojos brillantes como luceros y de dos trenzas de oro cayendo sobre la espalda, vestida de blanco, y ostentando como ella flores azules y adornos de plata.

Poco después, la fría mano de la tendera la sacó del escaparate, con el sobre que la seguía, y poniéndola en una caja, con otras varias iguales á ella, la cerró, envolvióla cuidadosa, y la ató con dorado hililo; ella sintió como un cinturón que la ajustaba, y luego le pareció que la llevaban de un lado á otro, y aletargada por la obscuridad, quedóse dormida.

La joven subió al coche, con la caja en la mano, y la puso con otros paquetes en un asiento vacío.

Un brusco movimiento la despertó de su letargo, la sacaron de la caja y se sintió acariciada por unos dedos de rosa, y luego cuidadosamente guardada entre los perfumados pañuelos de olán y *sachets* de violeta.

Allí en el armario, permaneció encerrada varios días, aspirando y recogiendo en sus pliegues el olor de esencia y perfumes, hasta que una tarde, María, que así se llamaba la joven, abrió el armario y sacó la carta que, coqueta, se miraba en el espejo, mientras su dueña cerraba el mueble.

Colocada sobre el blando terciopelo de artística carpetilla, la carta se sintió acariciada por pluma de oro, que iba trazando sobre su blanca superficie, en letras moradas, las palabras del más puro amor que posee la lengua de Cervantes. Una lágrima candente le cayó sobre el rostro, en la *M* de plata y sintió que la besaban con ósculos abrasadores. Loca de felicidad al verse tan agasajada, la carta se plegó gustosa á la voluntad de María, quien después de agregar unos *no me olvides* naturales, á los que había pintados en el papel, la metió en el sobre, y lo cerró, poniéndole, una vez escritas las señas, sellos de varios colores.

La carta, arrojada por la mano de la joven en una boca de león de piedra, rodó por una calleja obscura, y se halló prisionera en el buzón de correos, donde otras más bastas la rozaban lastimándola.

Luego la sacó de allí, rudo carcelero, cuyas toscas manos la hicieron crujir de dolor, al verse maltratada, fué pasando de unos en otros, sin hallar afecto ni dulzura, hasta que por fin se encontró en la estafeta de correos, viajando en tren expreso.

Vió cruzar pueblos y ciudades con la velocidad de sombras chinescas, y sintió el silbar de la locomotora y chirrido de las ruedas.

Después de muchas horas de viaje llegó por fin á una ciudad bella como pocas, bañada por poética ría, célebre por su historia, por sus monumentos suntuosos, por su industria importante, por sus hijos ilustrada: la heroica Bilbao.

Ardía la guerra civil en las provincias vascongadas, y el novio de María, el capitán Acevedo, estaba allí de guarnición: para él era la carta que la bella española había escrito en París y que llegaba á su destino.

También en Bilbao, el cartero y el asistente la miraron con desdén, y hasta que llegó á manos de Acevedo, nadie la dió valor ni importancia; pero apenas la cogió éste, ansioso al reconocer la letra, rompió el sobre, precipitado; la carta, temblorosa en manos del amante, llo-

raba la muerte de su fiel compañero; luego se sintió acariciada y besada de nuevo, y por último, cuidadosamente guardada en una cartera con otros papeles.

Allí estuvo largo tiempo, encerrada sin que una mano amiga fuese en su busca, oyendo sólo las descargas de la artillería y los silbidos de las balas cruzarse rápidas.

Ha pasado un año desde la llegada de la misiva á Bilbao. El capitán Acevedo murió en Campaña, víctima de la fratricida lucha. María, más hermosa que nunca, se dispone á dar su mano á un opulento banquero, y la carta, enviada con otros objetos á los parientes del capitán, es rasgada por mano indiferente, y hecha mil pedazos, arrojada con otras muchas al cesto de los papeles. ¡Así concluyó su existencia la prenda de tan tierno amor!

El Marqués de PREMIO REAL.

Luz...

CARTELES ARTÍSTICOS



La entrada de Cristo en Jerusalén

I

La noche era blanca, muy blanca, toda llena de luz... Estaba blanca como la felicidad, como la inocencia, como la modestia! La luna plateaba todo melancólicamente. Sus rayos caían como besos del cielo sobre todas las cosas, hacían palidecer las estrellas que se veían allá... muy lejos!... La luna resplandecía sublime, las almas y las flores soñaban más dulcemente, el cielo era más diáfano, más transparente, más ideal!... La tierra se veía invadida en torrentes de luz divina que besaba su sueño... El alma de aquella noche era blanca, incorruptible como la luz en que se bañaba... Reinaba un silencio de tumba olvidada. Los mil labios de la naturaleza estaban mudos! Era la hora solemne en que la conciencia habla con Dios, en que el alma se va al cielo... Todo lo que vagaba en la atmósfera estaba dormido. De cuando en cuando pasaba una brisa suave, casi imperceptible, que acariciaba como un aliento, entonces las sombras de los árboles se hacían trémulas, y era lo único que vivía en el gran silencio!... Parecía muerta el alma inmensa del mundo! Los astros eran desde allá arriba, ojos justicieros mirando el fondo de las conciencias...

No se veía ni se adivinaba ningún punto negro. No había una sola nube, todo era cristalino, parecía dormir hasta el crimen! Los cielos se anegaban en una bondad inmensa.

II

...Y la luna seguía su carrera, su luz se iba debilitando, la claridad se hacía más confusa. Empezaban á levantarse de la tierra especie de constelaciones, velos suaves, blanquecinos... y el mundo seguía durmiendo... Se adivinaba algo que allá en lo desconocido comenzaba á estremecerse pero que aún no mostraba su frente: el sol!...

III

...Y la luna seguía su carrera, era un disco cada vez más pálido, se hacía casi transparente, parecía diluirse en el cielo... Las estrellas comenzaban á languidecer, se apagaban; sus últimos parpadeos eran de agonía... y la luna cada vez más pálida, desapareció. Entonces invadió á la tierra algo como un crepúsculo, y el alma de los bosques comenzó á agitarse suave en los nidos, y allá en el oriente se tejían cortinajes de nubes, y aquellos cortinajes se iban tiñendo en un rosa tenue...

. . . .

El sol apareció radiante, sublime, magestuoso, desatando sus cascadas de oro y sangre. A sus besos el mundo despertó de su sueño haciendo vibrar en mil labios un grito de júbilo: el grito inmenso de la vida!...

Andrés TERZAGA (hijo).

Buenos Aires, Abril de 1903.

Pensamiento

La noche no es negrura que amedrenta;
hay que alzar la mirada:
es la extensión azul que allá se ostenta
de fulgor de luceros inundada.
¡Dolor, no eres castigo;
te calumnia también quien tal te nombra:
eres noche del alma, eres la sombra
que al pequeño amilana,
mientras toma contigo
brillos celestes la virtud humana;
y, almo sol junto á pálidas estrellas,
la de luces más vivas y más bellas
es la sublime Caridad cristiana!

Antonio BECERRA Y CASTRO.

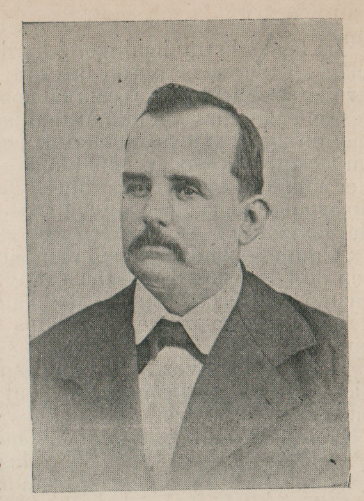
Juan Francisco



Coronel João Francisco Pereira da Souza

Como dato informativo de palpitante actualidad, ofrecemos hoy el retrato del coronel de fuerzas brasileras destacadas en nuestras fronteras en guarnición aduanera, Juan Francisco Pereira da Souza. Los últimos sucesos de Rivera le han dado últimamente á conocer de nuestro pueblo hasta en sus menores detalles de vida íntima, por lo que consideramos nosotros obvio entrar en informaciones, suficientemente conocidas, por las sendas crónicas que le han dedicado todos los diarios de nuestra capital y campaña.

Basilisio Saravia



Coronel Basilisio Saravia

Es el coronel Saravia un prestigioso jefe del partido colorado, y hermano del general nacionalista del mismo apellido. En esta revuelta ha tenido bastante figuración, con motivo de su nombramiento para desempeñar la comandancia militar del departamento de Treinta Tres. Persona sumamente ilustrada, posee conocimientos laudables del arte de la guerra, y es en sus pagos sumamente apreciado por la caballerosidad y finura que le distinguen.

En la penúltima revolución militó también en las filas de su color político, haciendo como jefe de la división Treinta y Tres, toda la campaña

El programa de las carreras

SU PUBLICACIÓN AUTORIZADA

Con placer comunicamos á nuestros lectores y muy especialmente á los aficionados al turf, que desde este número empezamos á publicar el programa oficial de las carreras que se verifiquen en Maroñas, para cuyo efecto, hemos sido autorizados por la comisión directiva del Jockey Club, quienes al dispensarnos este favor, han visto también de nuestra parte los deseos de servir al público, propagando como es consiguiente la afición á las luchas del turf.

La Alborada, no se concretará exclusivamente á la publicación del programa de carreras, sino que abrirá una sección sportiva, en la que los aficionados encontrarán informaciones completas, acompañadas cuando las necesidades así lo exigan, con fotografías relacionadas con los puntos de que se trate.

De *football*, por ser uno de los juegos atléticos que mayor aceptación han tenido entre nosotros, también nos ocuparemos. Haremos conocer el resultado de los partidos que se jueguen y anunciaremos los encuentros que deban tener lugar, si para ello tienen á bien los señores capitanes de los clubs de esta capital, mandarnos el aviso de los partidos que tengan concertados, indicándonos campo, hora y *teams* de los dos bandos. Bien entendido que estos anuncios, como las crónicas ó noticias que hayan de ser publicadas, deben llegar á nuestra mesa de redacción á más tardar el jueves de mañana.

Ahora, hecho este pequeño *entroito*, vamos á ocuparnos de la muy interesante reunión hípica que mañana tendrá lugar en el Hipódromo Nacional de Maroñas.

Un lote de once perdedores se disputarán el triunfo en la primera carrera del programa, y entre estos se destacan á nuestro juicio, Cagnac, Mariscal, Madreselva y Ariza, especialmente esta última á quien consideramos la probable ganadora.

Handicap es la segunda prueba en 1,400 metros, que cuenta nueve inscripciones. Todos tendrán partido, y Coraza y Kartoum serán, á no dudarlo, bien sostenidas en las cotizaciones del sport, pero... Ventarrón nos gusta y Meca puede muy bien dar uno de esos dividendos que contentan el ánimo de los *mixtos* y entristecen el de la cátedra.

La carrera clásica, nos parece quedará reducida á una lucha encarnizada, entre Farsante, Chulo, Calandria y hasta la misma Miss Mantova, pues no creemos en fantasmas aunque estas estén en Tuna Baja ó Sierra Morena, ó vengan de la Gloria ó del Gran Mogol, y el que no lo crea así, se convencerá de que un Farsante ó un Chulo, certificarán nuestra creencia con pruebas irrefutables al final de la lucha.

Se afirma que Chipá debe ganar el premio Vidalita y hay quien da como una fija la victoria de Cincinato. Así será y no nos sorprenderá el hecho, ¿pero Grecia no se opondrá á que tal cosa suceda? Esperemos.

En los 2,500 metros, no sabemos cuál elegir, si Paolín ó Lybia, únicos á quienes dispensamos nuestra confianza.

El desarrollo de la última carrera lo vaticinamos como uno de los mejores del día. Los siete productos que forman el lote, no tienen en su haber una victoria en la vuelta. Todos pueden ganar y difícil se hace el pronóstico, pero con todo y aunque no faltará quien califique de ridículo el vaticinio nuestro, lo hacemos en favor de Digón ó Chiquito.

Y ahora, hasta el sábado, en que daremos cuenta del resultado de estas carreras, cuyos pronósticos en résumen son:

Premio Farsante. . .	Ariza
» Calepino. . .	Ventarrón ó Meca
» T. Tres . . .	Chulo
» Vidalita. . .	Grecia
» Lingote . . .	Lybia
» Yararaca. . .	Digón

"Sobre las olas"

La tarde de un domingo, á bordo: sobre el inmenso vapor se cernía el fastidio como una gran ave gris. Hacía frío y caía la noche. El sol, antes de sumergirse en el mar, habíase alargado como un gran huevo luminoso, como si quisiese, impaciente, besar las olas teñidas de toda la policromía del crepúsculo, antes de que su orbe amortado llegase á la línea azul y envaguecida del horizonte.

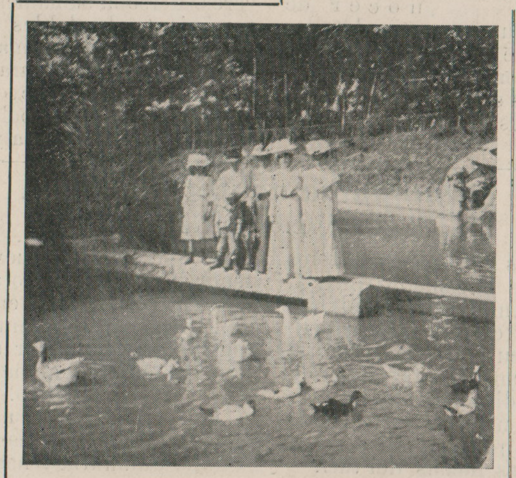
Algunos irlandeses bailaban en el puente al son de la música. Estábamos muy cerca de Queenston, entre las brumas del canal de Irlanda, desgarradas un momento por los venablos de la tarde.

De pronto, la voz plañidera, espasmódica y tediosa de una acordeón, hizo eco al entonces anémico grito del agua.

Preludiaba un vals lleno de molicie y de melancolía, y ese vals era «Sobre las olas», de Juventino Rosas. La flema irlandesa halló que aquello era hermoso, y las rubias muchachas, desgarbadas, redoblaban sus movimientos, ritman lo con deslizamientos monótomos los compases, sobre las tablas empapadas de agua salobre del puente.



«Villa Dolores».—Lago de los cisnes



En el lago de los cisnes.—*Ven acá patita*—*No seas tan mala*

«¡Sobre las olas!..». Pensé en el pobre músico mexicano que en una tarde de verbena y de hastío, al bordo del sucio y pobre canal de Santa Anita, viendo cómo el viento delgado del Valle rizaba las hondas obscuras y nauseabundas, había soñado esas melodías voluptuosas y tristes que le han hecho célebre en todos los pueblos. Pensé en su humilde vino inspirador de cosas tan bellas, en la opulencia de una musa criolla impaciente de salvar las barreras de azur de nuestras montañas; en la inopia del joven maestro inédito, que en otro país, en otro medio, hubiera sido un Strauss ó un Waldteufel, y me invadió repentina pena, amarga como la hiel del Océano que se hinchaba levemente en rededor de nuestro barco.

—

Meses después sorbía yo concienzudamente en la taberna romana de la Exposición de 1900, un refresco, en una tarde estival, de esas que se prolongan indefinidamente, con indecisiones de crepúsculos interminables.

«Villa Dolores».—Lago Azul

La orquesta de la taberna era famosa por el llorar de sus violines y de sus violas pulsados por taumaturgas manos de zíngaros, y por el gemido grave de un violoncello maravillosamente herido y por el hueco sonar de una marimba... sí, de una marimba guatemalteca ó chiapaneca que los músicos exhibían, traducida al bohemio como instrumento de procedencia ragusana...

De pronto también un vals que en aquella tarde de pereza estival cuadraba al con «insoucianse» de los espíritus: era «Sobre las olas». El entusiasmo se desbordó al oirlo, y recuerdo que una inglesa premió con un luis de oro un «bis» pedido al director.

No lejos de la taberna, entre la multitud de las banderas cosmopolitas ondeaba, sobre el humilde pabellón de México, la bandera mexicana y la bandera de Juventino Rosas!

¡Pobre músico!. . Pensé en el loco desbordamiento de alegría que hubiera determinado en su corazón aquel luis de oro pagado por oir su vals, en el corazón de París, en un certamen que congregaba á todo el universo; y torné á ponerme triste...

—

Más tarde, en una de esas tardes de lila y rosa pálido del Otoño, en un café del «Boulevard des Italiens», tomaba yo el aperitivo, contemplando el eterno desfile de «preciosas» y de gomosos que invaden las resonantes aceras cuando viejos compases familiares despertaron mi oído. La orquesta tocaba «Sobre las olas».

Al concluirse el vals acerquéme á la pianista, una muchacha enlutada de rostro enjuto y nariz israelista.

—¿De quién es ese vals? le pregunté.

—Es de... (aquí un nombre francés que no recuerdo) un joven músico que promete mucho

¡Pobre Juventino! Se hacía célebre despersonalizándose.

HOMBRES ILUSTRES



Arrigo Boito en su gabinete de trabajo

Y sentí otra vez mi vieja tristeza.

—

Y más tarde aún, en el espléndido salón de conciertos de Zurich, á la orilla del lago azul, en una de esas noches en que todas las constelaciones palpitan en las aguas tersas, en tanto que yo dormitaba en una banca, bajo un árbol de riente parque que da acceso al pabellón, he aquí que la lenta melodía preliminar del vals, viene á arrullar mi semisueño.

Pero esa vez en el programa figuraba el nombre de Juventino. Los alemanes, más piadosos que los parisienses, le dejaban á la sombra el usufructo de su gloria.

Y allí, á la margen del lago de terciopelo bordado de todas las luces de la playa semicircular, como una enorme amatista montada en una herradura de diamantes, aquellos compases llenos de perezosa gracia tropical, hablándome de la patria lejana y del pobre maestro, me pusieron triste otra vez.

Según Wagner, la música hiere en nosotros no precisamente un órgano cerebral, sino algo que podría llamarse «el órgano del ensueño», y como este órgano del ensueño no se pone en actividad por ministerio de impresiones exteriores, á las cuales el cerebro, por el momento cuando menos, está cerrado completamente, su ejercicio debe sin duda determinarse en el interior del organismo y revelarse á nuestra conciencia ya despierta, en forma de sentimientos misteriosos y obscuros.

Estos obscuros y misteriosos sentimientos engendraban en mí siempre en forma distinta de acuerdo con el paisaje interior, el dulce vals de Juventino; y era lo que yo sentía, como si un pedazo del alma de la patria infantil aún, débil, embrionaria y triste, vestida sólo de la gracia naciente de sus montañas y de sus selvas, de sus razas incipientes y de sus balbuceos sentimentales, me siguiera á través de mi peregrinación en forma de melodía, hermanada con todos los ritmos ambientes: el de las cuerdas heridas por manos suaves, el de las hondas trémulas teñidas de luz y el de las lejanas y misteriosas estrellas...

AMADO NERVO.



"LA ALBORADA"

PROGRAMA PUBLICADO CON AUTORIZACIÓN DEL "JOCKEY-CLUB"

PROGRAMA OFICIAL DEL DOMINGO 19 DE ABRIL DE 1903

Comisarios del mes de abril: señores doctor Eduardo Vargas, G. Piccioli y B Dualde

1.ª carrera—Premio «Farsante»

Para caballos de 3 años y más edad que nunca hayan ganado y para perdedores—Distancia: 1000 metros.—Entrada: $ 10.—Premios $ 300 al 1.º y $ 50 al 2.º.—A la 1.40 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Apolo	1	«Divisa»	zaina	4	57	Aquiles—Raquel	ch. turquesa g. col.
E. Las Piedras	2	«Cognac»	alazán	4	56	Camors—Beveuse	ch. bl. luns. pzó. g. punzó
S. Mariscal	3	«Mariscal»	zaino	4	56	Offenheit—Kitten	ch. y g. negra y oro
S. Tribuna	4	«Tribuna»	zaina	6	56	Napoleón—Mireille	ch. escocés bda. y g. color
S. Los Ideales	5	«Victoria»	zaina	4	56	Duke ó Berwich—Amy	ch. b. e. p. ms. y g. bl. pz.
S. Argentino	6	«La France»	colorada	4	54	Paysandú—Lamia	ch. a. m. b. p. c. y b. g. p.
S. Flanqueadores	7	«Húsar»	alazán	3	54	Guerrillero—Garita	ch. bl. mgs. y g. punzó
S. Querandie	8	«Boquerón»	zaino	3	54	Guerrillero—Venguereuse	ch. nar. y vd. á r. h. g. v.
S. Recuerdo	9	«Amina»	zaina	3	52	Mivoisin—Miss Bowler	ch. y g. azul
S. R. Guadalupe	10	«Madreselva»	zaina	3	52	Aquiles—Sapho	ch. violeta y g. naranja
S. F. Saravia	11	«Ariza»	zaina	3	52	Aquiles—Clairette	ch. y g. granate

2.ª carrera—Premio «Calepino»

Handicap para todo caballo.—Distancia: 1400 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios $ 400 al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 2 y 15 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Oriental	1	«Coraza»	zaina	6	56	Guerrillero—La Marechale	ch. v. bda. neg. g. punzó
E. Chantilly	2	«Kartoum»	alazán	4	55	El Amigo—Violette	ch. y g. punzó
S. Tormentoso	3	«Ventarrón»	zaino	5	52	Exmoor—Mireille	ch. y g. g. y b. á ray. h.
S. Salsipuedes	4	«Lingote»	zaino	3	51	Gay Hermit—Mascotte	ch. puz. mgs. y g. violeta
S. Santa Lucía	5	«Monja»	alazana	5	51	Hannover—Muchacha	ch. col. mgs. y g. oro vjo.
R. Guadalupe	6	«Damita»	zaina	4	49	Aquiles—Doña Juanita	ch. violeta g. naranja
S. Redención	7	«Dandy»	zaino	3	44	Prometeo—Vivandera	ch. celeste g. color
S. Cuaró	8	«Meca»	alazana	4	44	Guerrillero—Iona	ch. marrón g. oro
S. Argentino	9	«Arenales»	colorado	4	41	Offenheit—Sylviane	ch. a. m. bd. p. c. b. g. p.
S. Girondino	ff	«Calepino»	alazán	3	60	Camors—Belle Rake	ch. negra g. punzó

NOTA.—Declaró forfait en esta carrera «Calepino».

3.ª carrera—Premio «Treinta y Tres» (clásico)

Para potrillos y potrancas nacidos desde el 1.º de agosto de 1900.—Distancia: 1200 metros aproxim.—Entrada $ 20.—Premios: $ 800 al 1.º, $ 100 al 2.º y $ 50 al 3.º.—Forfait $ 10.—Peso 52 y 50 kilos.—A las 2 y 50 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Cololó	1	«Farsante»	colorado	2	52	Progreso—Farsita	ch. y g. col. bda. y mg. n.
F. Saravia	2	«S. Morena»	alazán	2	52	Jonquill—Lucila	ch. y g. granate
E. Clover	3	«Chulo»	zaino	2	52	Júpiter—Pobrecita	ch. az. mg. oro g. az. y o.
S. Exmoor	4	«Gran Mogol»	zaino	2	52	Exmoor—Marianita	ch. r. alam. n. g. r. y nar.
S. Cuaró	5	«Tierra Baja»	zaino	2	52	Jonquill—Gilda	ch. marrón g. oro
S. Charrúa	6	«Isis»	oscura	2	50	Napoleón—Supercheria	ch. bl. mgs. az. g. color.
S. Principiante	7	«Calandria»	zaina	2	50	Offenheit—Catel	ch. az. á lun. oro g. a. y o.
S. Sorpresa	8	«Gloria»	zaina	2	50	Guerrillero—Dinamita	ch. bl. bda. y g. oro
. Lutece	9	Miss Mantova	colorada	2	50	Guerrillero—Generala	ch. punzó mgs. y g. am.

4.ª carrera—Premio «Vidalita»

Handicap para caballos de 3 años.—Distancia: 1300 metros aprox.—Entrada: 10 $—Forfait: $ 5.—Premio: $ 350 al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 3 y 25 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESOS	PADRES	COLORES
S. Uruguay	1	«Chipá»	zaina	3	57	Progreso—Vanda	ch. celeste g. blanca.
E. Chantilly	2	«Cincinato»	alazán	3	53	Offenheit—Circé	ch. y g. punzó
S. Exmoor	3	«Nativa»	zaina	3	52	Lucrecio—Ilusión	ch. r. alam. n. g. r. y ng.
S. Gordon	4	«Grecia»	alazana	3	52	Orbit—Gibara	ch. azul g. oro
S. Oriental	5	«Belona»	zaina	3	49	Guerrillero—La Marechale	ch. vde. bd. neg. punzó
S. La Sierra	6	«Gatita»	dora'lla.	3	48	Guerrillero—Ametra'dora	ch. p. y n. á r. h. g. p. n.
E. Clover	7	«Uruguayo»	zaino	3	48	Júpiter—Melilla	ch. azul mgs. oro g. a. y o.
S. Apolo	8	«Vidalita»	zaina	3	47	Offenheit—Vivandera	ch. turquesa g. colorada

5.ª carrera—Premio «Lingote»

Handicap para todo caballo.—Distancia: 2500 metros aprox.—Entrada: $ 15.—Forfait: $ 5.— Premios: $ 500, al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 4 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESOS	PADRES	COLORES
E. Clover	1	«Paolín»	alazán	4	59	Bolívar—Bettina	ch. az. mgs. o. g. az. y o.
S. Los Pinos	2	«Lybia»	zaina	6	50	Hervidero—Fornarina	ch. turq. bda. y g. punzó
S. El Bosque	3	«Clío»	zaina	6	49	Acheron—Calandria	ch. am. y neg. g. colorada
S. Apolo	4	«Yararaca»	zaina	4	49	Exmoor—Serpentina	ch. turquesa g. colorada
S. Yatay	5	«Cassio»	alazán	6	49	Camors—Delicada	ch. y g. az. mar. á lun. bl.
S. Girondino	ff	«Calepino»	alazán	3	58	Camors—Belle Rake	ch. negra g. punzó
S. Salsipuedes	ff	«Lingote»	zaino	3	50	Hervidero—Fornarina	ch. pz. mgs. y g. violeta

NOTA.—En esta carrera se declararon forfait «Calepino» y «Lingote».

6.ª carrera—Premio «Yararaca».

Handicap para caballos que no hayan ganado en 1750 ó más metros..—Distancia: 1800 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios 400 $ al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 4.35 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESOS	PADRES	COLORES
S. Oriental	1	«Coraza»	zaina	6	58	Guerrillero—Marechale	ch. vde. bda. ng. g. p.
S. B. Aires	2	«Rovela»	zaina	4	55	Saint-Gal—Miss Rovel	ch. azul mg. g. g. colorada
S. Cololó	3	«Digón»	zaino	3	54	Progreso—Ondina	ch. y g. col. ms. y b. ng.
S. Cuaró	4	«Hilarity»	alazana	6	51	Orbit—Caiedy	ch. marrón g. oro
F. Saravia	5	«Fidias»	zaino	3	48	Alerta—Foudre	ch. y g. granate
S. Tejera	6	«Chiquito»	zaino	3	46	Express—Favorita	ch. punzó á lun. bls. g. p.
S. Gordon	7	«Catahy»	zaina	4	45	Offenhet—Catel	ch. azul g. oro
S. Latino	ff	«Góndola»	alazana	4	44	Express—Louise-Michel	ch. y g. col. y negra

NOTA.—En esta carrera declaró forfait «Góndola».

Todas las carreras se largarán con *Starting Gate.*

La primera carrera se correrá á la **1.40** p. m.

El Ferrocarril saldrá á la 1 en punto de la esquina de Daymán y Miguelete, cobrando **30 cts.** ida y vuelta en primera y **20 cts.** en segunda. El tren de la Unión hará correr trenes hasta el Hipódromo cada 6 minutos.

Talleres de EL SIGLO ILUSTRADO, Calle 18 de Julio, núm. 23

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Rivera	$ 27.04	Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	$ 10 20
Demetrio Errausquin - Maldonado	» 13.43	Alfredo M. Luc—Estación Cazot	» 7.80
Saturnino Mernies—Mercedes	» 9.00	Marcelino Moas—San Fructuoso	» 31.80
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	» 11.40	Eduardo Cano Aberasturi—Rivera	» 10.80
Elvira García—Parado	» 9.10	Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera	» 15.40
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	» 8 64	Vicente Bravo—San José	» 12.30
Francisco M. Sánchez—Minas	» 7.40	Gregorio García—San Carlos	» 5 80
Miguel Balvela—Itapebí	» 14.10	Jesús Sosa—Florida	» 7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

Talleres de "EL SIGLO ILUSTRADO", 18 de Julio, núm. 23.--MONTEVIDEO

que debía medir de cuatrocientos á quinientos pies de largo.

El doctor Filhiol preguntó al capitán Bourcart en cuánto calculaba la marcha del *Saint-Enoch*, marcha que parecía uniforme. El capitán respondió:

—No debe ser menos de 40 leguas por hora.

—¿Hemos andado, pues, cerca de 500 leguas desde hace doce horas?

—Sí... ¡cerca de 500 leguas!

Aunque esto sea para sorprender, lo cierto es que existen ejemplos de rapidez aún superior. Y precisamente en el Océano Pacífico habíase producido el siguiente fenómeno, señalado algunos años antes por un comandante de estaciones navales.

Después de un violento temblor de tierra en las costas del Perú, una inmensa ondulación del Océano se extendió hasta el litoral australiano. En saltos precipitados, aquella ola de dos leguas de longitud recorrió casi una tercera parte del globo con vertiginosa velocidad, calculada en 183 metros por segundo, ó sea 658 kilómetros por hora. Lanzada contra los numerosos archipiélagos del Pacífico, precedida de lejana oscilación submarina, su llegada se anunciaba por un gran ruido en los alrededores de las tierras, y, franqueado el obstáculo, caminaba aún más rápidamente.

M. Bourcart conocía este hecho, referido en el *Journal du Havre*, y después de habérselo citado á sus compañeros, añadió:

—No me asombraría que fuésemos testigos y víctimas de un fenómeno de ese género. Un movimiento volcánico se habrá producido en el fondo del Océano, y de aquí el origen del desconocido escollo en que ha varado el *Saint-Enoch*. Después, lo mismo que á continuación del temblor de tierra del Perú, una enorme ola ha surgido, y tras arrancarnos del escollo, nos arrastra hacia el Norte.

—En mi opinión—declaró M. Heurtaux viendo al capitán King hacer un gesto de aprobación—esto parece más admisible que la existencia de un monstruo marino.

—¡Y qué monstruo!—añadió el doctor Filhiol —¡capaz de transportar nuestro navío con velocidad de 40 leguas por hora!

—¡Bien!—respondió el contramaestre Ollive—digan ustedes eso á Juan María Cabidoulin, y verán ustedes si abandona la idea de su kraken ó su serpiente de mar!

Poco importaba, en suma, que el tonelero se empeñase en seguir creyendo sus historias fantástico-marinas. Lo esencial hubiera sido poder conocer hasta qué latitud el *Saint-Enoch* podía ser arrastrado aquel día.

M. Bourcart tomó el mapa y pretendió establecer la posición. Verosímilmente, la dirección seguida era mantenida hacia el Norte. Podía, pues, admitirse que el navío, después de haber franqueado las Kouriles al largo de la última isla, había atravesado el mar de Behring. De otro modo, hubiera naufragado, ya en este archipiélago, ya en las Aleutias, más al Este. En la superficie de esta ensenada, ninguna tierra emergía que pudiera ser obstáculo. Hasta, dada su velocidad, el barco debía haber franqueado aquel estrecho de 15 leguas. Pero, franqueándole, hubiera bastado que la inmensa ola oblicuase algunas millas al Este ó al Oeste para arrojarse en el cabo Oriente de Asia ó en el cabo del Príncipe de Gales de la tierra americana. Pero, puesto que esto no había acontecido, ¿podía dudarse que el *Saint-Enoch* no estuviese ya en pleno Océano Artico?

El doctor Filhiol preguntó á M. Bourcart:

—¿A qué distancia de ese escollo se encontraba, pues, la mar polar?

—A unos 17 grados—respondió el capitán;—lo que, á 25 leguas por grado, da cerca de 425 leguas...

—De modo—dijo M. Heurtaux—que no debemos estar lejos del paralelo 70.

¡El paralelo 70 es el que limita el Océano Artico, y en aquella época el banco polar debía estar próximo!

Los 56 hombres embarcados en el *Saint-Enoch* corrían verosímilmente á la más espantosa catástrofe

El navío se perdería en medio de las soledades hiperboreanas.

En aquella latitud se encontrarían los hielos ya inmovilizados más allá del estrecho de Behring, los ice-fields, los ice-bergs y el infranqueable banco polar.

¿Y qué sería de los tripulantes, admitiendo que no fueran tragados por el abismo trás violento choque? Si conseguían refugiarse sobre algún témpano ó en uno de los archipiélagos de tales parajes, Nueva Siberia, la tierra de Wrangel ó algún otro grupo, á centenares de leguas de las costas de Asia y de América, sobre una de esas islas inhabitadas é inhabitables, sin víveres, sin abrigo, expuestos á los fríos intensos que desde Octubre envuelven las regiones del mar glacial, ¿qué suerte les esperaba? Invernar en tales sitios sería imposible, y ¿cómo llegar á las provincias de la Siberia ó de la Alaska?...

Cierto que, al salir del estrecho de Behring, la enorme ondulación oceánica, teniendo más ancho espacio para extenderse, debía perder en fuerza y velocidad. Además, ¿no se debía contar con la baja que indicaba la columna barométrica? En medio de los rafales, sobre una mar agitada, cuando el viento soplara tempestuosamente, tal vez el *Saint-Enoch* recobraría su libertad. Sin embargo, desamparado, bajo el golpe de las tormentas del principio del invierno ártico, ¿cómo resistiría y qué sucedería? ¡Tristísima era la perspectiva que se le ofrecía al capitán Bourcart y á sus compañeros sobre aquel navío, que ya no podrían gobernar, perdido en el fondo de aquellos lejanos parajes!

Tal era la situación, que ni la energía, ni la inteligencia, ni el valor podrían modificar.

Transcurrió la mañana. El *Saint-Enoch* continuaba siendo arrastrado como resto de naufragio abandonado al capricho del mar. El no poder la mirada atravesar la espesa bruma hacía más espantosa la situación. Además, en la imposibilidad de permanecer sobre el puente, solamente al través de las estrechas ventanas del cuadro, M. Bourcart y sus oficiales hubieran podido observar á lo lejos. Ignoraban, pues, si el navío pasaba cerca de tierra á la proximidad de una ú otra orilla del estrecho de Behring, y si se mostraba alguno de los archipiélagos árticos contra el cual chocase la onda y el *Saint-Enoch* con ella.

(Continuará).

1

777-42

MARS

JUPITER
COMETE de 1811
LA LUNE
VENUS
SATURNE
SIRIUS.
MERCURE
LE SOLEIL

ACADÉMIE DES SCIENCES
ASCENSEUR
CUISINE
PORTIER
ECLAIRAGE
GRANDE OURSE
OBSERVATOIRE

2

COMMISSION SCIENTIFIQUE INTERNATIONALE

AIR COMPRIMÉ

3

MEGATELEPHONE
HAUT HURLEUR
MICROPHONE RESONATEUR
STENTOR
B. S.G.D.G. PATENTED

4

5

6